

AFTER HUMAN

ADRIAN GRACIA



Libros y Literatura

Primera edición.

After Human.

© 2023, Adrian Gracia.

© Libros y literatura SL

www.librosyliteratura.com

contacto@librosyliteratura.com

© Corrección: Víctor J. Sanz.

© Diseño de portada: Adrian Gracia.

© Ilustración de portada e interiores: Adrian Gracia.

© Diseño de interiores: Marta F. Alarcón

Impreso en España.

ISBN:978-84-126956-1-8

Depósito Legal: A 182-2023

Estas líneas suelen destinarse a advertir a los desaprensivos que ni el contenido ni la cubierta de este libro pueden reproducirse sin permiso del editor, pero de poco sirven porque casi nadie las lee, y si algún despistado lo hiciera, podría incluso darle ideas. Así que si estás leyendo esto es que perteneces a ese grupo de lectores voraces que leen hasta las instrucciones de los abanicos. Por eso nos gustaría recompensar tu interés revelándote aquí el secreto de la existencia o alguna otra de las variopintas incertidumbres que afligen al ser humano. Por desgracia, ya no nos queda espacio.



PRÓLOGO

No sé quién leerá lo que escribo en estos momentos. Tampoco sé cuándo ocurrirá. De lo que no tengo duda es de la veracidad de la historia que vengo a contar. Lo que no puedo revelar es mi identidad. Así que, si confiáis en alguien desconocido para escuchar un relato que, ya os digo yo, es triste y extraño, no tardaré ni un segundo más y empezaré a relatar algo retorcido que le ocurrió a este planeta.

Desde hace milenios, el ser humano ha llevado, él solo, a la Tierra hacia un penoso futuro. Años de evolución estaban a las espaldas de la raza humana; tecnología, innovación y lujos inimaginables. El ser humano era, sin lugar a duda, el más poderoso que hubiera caminado sobre el planeta. Pero, teniendo en cuenta esa soberbia característica, uno de los numerosos defectos que poseía su raza era el ansia de poder y su inconmensurable prepotencia. Para ellos solo existían ellos mismos. Era obvio que no eran los únicos que habitaban el astro; de hecho, también había otros animales —ajenos, por cierto, a este comportamiento—, con quienes convivían, pero estos no podían gobernar con o sobre ellos, ni siquiera por debajo. La principal razón era que al ser

humano le era mucho más fácil, en ese momento, comunicarse con el habla y la escritura, además de pensar y reflexionar sobre lo que se hacía. Pero los animales carecían de estas habilidades.

Claramente, había excepciones. Había un pequeño porcentaje de los humanos que dedicaban su tiempo y esfuerzo a ayudar a los animales, haciendo más fácil su existencia, domesticándolos y salvándolos de una vida salvaje que resultaba cada vez más difícil. Pero, desafortunadamente, pocos de ellos podían disfrutar de esto. No eran de gran importancia en el futuro de la raza, solo servirían de alimento, de trofeo o serían víctimas de la esclavitud.

Esta avaricia hipnotizó al hombre y fueron presos de sus ganas de conquistar todo cuanto podían ver. Incluso, en la mayoría de los casos, eran egoístas entre los suyos; y eso también tenía algo que ver con las ideas políticas diferentes que tenían estos seres —a los seres humanos se les atribuía la inteligencia y la capacidad de socializar, pero, a la vez, este era otro de sus puntos débiles—. La principal causa de las guerras entre los seres humanos eran los desacuerdos políticos, los cuales tenían graves consecuencias. Esta obsesión por el control nublaba su mente y no se preocupaban por su futuro. Pero aún hay más.

Siglos antes de su autoextinción —entre el siglo XVIII y el XXI, como ellos los denominaban—, descubrieron nuevas formas de evolucionar y *alcanzar* esa brillante utopía que ansiaban. Entre aquellos descubrimientos se encontraban las fuentes de energía que utilizaban para tener una vida mucho más cómoda —aunque, hay que decir que también tenían pensamientos encontrados sobre esto—, pero el precio a pagar por algunas de estas era deteriorar todo su alrededor, hasta el propio ecosistema. Una de las más peligrosas para la naturaleza eran instalaciones que contaban con materiales químicos altamente peligrosos a las que llamaban centrales nucleares. Aunque hubiera más formas

de suministrar energía, esta era la más provechosa, pero, a la vez, la más peligrosa. No se sabe si sus intenciones eran buenas o malas, pero específicamente este medio era atroz. Cientos de centrales nucleares se podían encontrar en todos los continentes del planeta, contaminando sus alrededores por su negligencia y sus mentiras y destruyendo el entorno a un ritmo alarmante.

Se juntaron muchos factores, ya que, aun sabiendo los humanos que sus actos tenían consecuencias destructivas, las ignoraban. Todo esto formó una gran burbuja que, cuanto más grande se hacía, más devastadora prometía ser su explosión. A finales del siglo XXI, explotó. Aunque admitirlo y retroceder ya no era una opción. Era demasiado tarde. El desastre en su sociedad, tal y como la conocían, ya había comenzado. Corrían desesperados por encontrar una salvación, se mataban entre ellos por el último pedazo de comida o acababan convirtiéndose en salvajes con tal de sobrevivir a lo que conocían como el juicio final.

En cuestión de meses, ya se había perdido el rastro de la humanidad casi por completo. Después de todo lo ocurrido, solo quedó un páramo gris e inhabitable, donde los humanos escaseaban. Estos seres se escondían como ratas e intentaban seguir con sus vidas en las ruinas de las ciudades que ellos mismos habían construido antes del apocalipsis. Claro, que en esos lugares tan escondidos era casi imposible seguir la evolución que dejaron años atrás por culpa de su ignorancia. Aquel suceso fue nombrado por aquellos que lo estudiaron —que no eran los seres humanos—: la estupidez humana.

Volviendo a un tema que había nombrado anteriormente... Los animales se habían quedado solos en el inmenso desierto sin ninguna pizca de ayuda humana —y ya veréis que ni falta que hacía—. Se paseaban entre la basura y la destrucción que los aires de grandeza humanos habían causado. Tuvieron que

acostumbrarse a vivir en la superficie contaminada y la gran mayoría de ellos caían enfermos o, directamente, fallecían. Y de repente, ocurrió.

Con la exposición a la contaminación radiactiva —principalmente, provocada por los humanos como niño que encuentra la pistola de su padre, usando las armas y la energía nuclear como un juguete—, unos cuantos seres de cuatro patas mutaron tan rápido que solo se volvieron más grandes y fuertes; imposibles de domar, llevados únicamente por sus instintos. Incluso los insectos —cucarachas, moscas...— eran grandes criaturas que se podían cazar y comer. ¿Oasis llenos de vegetación? Olvidaos de ellos. De los árboles, apenas quedaban troncos secos y ahogados. Solo los hongos sobrevivieron a estas condiciones extremas, y casi todos eran venenosos o alucinógenos. La única excepción eran las ciudades fantasma que quedaron en la superficie, ya que allí, los arbustos y las raíces crecían sobre los cimientos y destrozando el asfalto a su paso, bajo una atmósfera gris y muerta, donde las tormentas eléctricas habían pasado a ser baños de radiación.

La anatomía de algunas especies animales cambió bruscamente a base de esas mutaciones. Estos cambios causaron un desvío en su cadena evolutiva. De una manera retorcida, los animales empezaron a adquirir los rasgos de un ser humano, físicos y mentales. Los humanos lo llamaban antropomorfismo.

Corporalmente, eran animales que poseían una anatomía humana, combinada con su pelaje o gruesa piel y los rasgos característicos de las diversas especies. Con dos piernas y dos brazos, como los del hombre, y maldecidos con la capacidad de cargar con un organismo adaptado al oxígeno irradiado y las esporas. También actuaban, pensaban y se comunicaban como los humanos. Su evolución fue parecida a la del hombre, solo que la de

ellos tardó millones y millones de años, y a los animales, apenas les llevó dos siglos.

Esto trajo consigo una manera de vivir calcada a la de los humanos, pero envilecida por las sombras y la destrucción. Edificaron poblados hechos con basura, situados en mitad de la nada, bajo un cielo constantemente nublado. Su rutina se resumía en vivir a base de los restos como carroñeros, marcando límites entre ellos y generando constantes conflictos.

Era tal la ira acumulada que tenían contra el ser humano que debían aniquilar todo lo que pudiera acabar trayéndolo de vuelta. No hay nada peor que creer ciegamente que el dominio de la razón es una bendición que nos coloca sobre los demás seres vivos, y esta evolución *forzada* también dotó de ella a algunos; prepotentes y a la vez salvajes; conscientes y a la vez destructivos... Concluyeron que desde esa transformación también se convirtieron en una amenaza. No había nada que odiasen más de su evolución, y culpaban a la razón, la razón de los humanos. Parece que, después de todo, el humano era el más irracional y debía ser extirpado de la faz de la tierra, como un cáncer. Es por ello por lo que, llevados por el odio, persiguieron y extinguieron a la especie de los primates que convivían con ellos. ¿Quién o qué tenía la culpa sino la razón? La razón que enseñó a esos monos prepotentes a destruir y destruirse entre ellos sin sentido, a explotar los peores y los más escasos recursos naturales y animales solo por avaricia. Eran una enfermedad. Ese medio de vida despreciable debía ser contagioso y peligroso para la manada.

Y así fue como, en poco tiempo, el humano fue aniquilado casi por completo y se declaró la nueva supremacía caótica de los animales infectados sobre la Tierra.

Actualmente, nos encontramos a mediados del siglo XXX —partiendo de que la evolución forzada del animal hubiera co-

menzado en el siglo XXII— y los animales siguen llenos de rabia. Ya queda poco rastro del hombre —menos grupos reducidos que dedos tiene una garra—, y complaciendo nuestro deseo de venganza general, algunos animales estamos dispuestos u obligados a finalizar la tarea de acabar con la raza humana de una vez para siempre y enterrarlos en la fosa que ellos mismos cavaron con sus actos.



CAPÍTULO I

BIENVENIDOS A LA TIERRA... O LO QUE QUEDA DE ELLA

Fragmento de las grabaciones encontradas en el Refugio V - Entrada 1

Año 2954. La vida de los animales en la actualidad me sigue apareciendo una gran incógnita sin resolver. Los animales se maldicen a sí mismos por llevar en la sangre las costumbres y las características de los humanos. Pero ¿realmente han dejado su comportamiento salvaje detrás? ¿O es que ese comportamiento salvaje ha sido autenticado por la naturaleza profunda del ser humano? Pretenden ser algo, pero, a la vez, quieren destruirlo; me intrigan.

Aquello de vestirse, formar ejércitos o incluso tratar de educar a los niños y aprender a manejar vehículos me parece una simple fachada.

Los ciudadanos de Ciudad Residuo siguen viviendo entre el lodo y la mugre. La peste de las calles representa su vínculo aún existente con la madre naturaleza. El sexo sucio y repugnante no iba a ser una excepción, sino una práctica habitual y radicalizada.

Los observo por encima del hombro a todos ellos: a los niños que caminan y corretean por los senderos de barro, a las

familias que viven empobrecidas en chozas sucias y de madera vieja, a todos esos machos alfa que marcan su territorio a base de puñetazos y presentan a sus hembras como un objeto más de su posesión.

Todas estas razas viven en una misma ciudad hecha de basura, de la basura de los humanos. Combaten y persiguen a los «pieles sin pelaje», además de combatir entre ellos mismos.

Son tan parecidos a los humanos.



La noche inundaba el Valle de la Mutación. Mientras los animales del poblado dormían, un grupo de la banda de los lobos, uniformados con sus cazadoras de cuero, defendían un almacén de un polígono industrial bastante cerca de Ciudad Residuo —la ciudad de los animales—. Algunos cargaban con cajas de madera que llevaban directamente dentro del edificio, mientras que otros defendían la puerta de la nave en posición, con sus metralletas en ristre. Los lobos, al haber querido independizarse del resto de animales por sus costumbres, debían buscar su propio alimento o, en este caso, robarlo. Era uno de esos tantos trapicheos que llevaba la WIAMV —Wolf Independent Army of Mutant Valley— a escondidas.

Al rato, uno de los dos guardaespaldas que custodiaba la puerta oyó cómo caía una caja de madera al suelo. Haciendo su trabajo, fue a comprobar qué era lo que ocurría. En el callejón al costado del edificio, encontró a uno de los suyos tirado en el suelo, justo al lado de una de las cajas de alimento.

—Tío, ¿qué cojones haces? Levanta —le dijo al verlo.

Pero él no respondía. La presión le recordaba a una de esas historietas que se contaban por el poblacho, la del terror del

valle. Solo alguien tan habilidoso podía ser tan silencioso, según decían.

—¡Ahí está! —escuchó a lo lejos—. ¡Ayuda! —escuchó entre gritos y aullidos.

De nuevo, su sentido canino se activó al oír el quejido de uno de sus compañeros, desviando su atención de la escena. Su olfato y sus orejas levantadas le indicaban que algo malo estaba a punto de ocurrir. Mientras corría al interior, comenzó a oír disparos dentro de los muros del almacén privado y, al mismo tiempo, el lloro de los cánidos. Sentía miedo, sentía que el terror del valle les estaba atacando.

Al mirar entre las puertas abiertas, vio a todos sus compañeros tirados por los suelos cubiertos por una lluvia de balas y comenzando a soltar sangre a través de sus heridas. Quería correr, pero la curiosidad acabó metiendo al nervioso secuaz al almacén. Caminaba lentamente, tiritando, mirando hacia todas partes y con el arma sin seguro, esperando que le saltase cualquier cosa en toda la cara. Sabía que el terror del valle era una especie de cazarrecompensas, por lo que pensó que alguien los quería ver muertos, ¿quién pudo ser?

A sus espaldas, escuchó el sonido de botas militares aterrizando en el sólido y seco cemento. Paralizado por el miedo durante unos segundos, reaccionó y se giró para acribillarlo. Pero una mano blanca agarró la bocacha del fusil. Aquella luz azulada destacaba el sombreado de la figura de él. Su cabeza tenía un diseño bizarro; era una cabeza de animal formada por esquinas.

Tras contemplar aquella imagen, sintió que una forzosa patada lo empujaba y lo tiraba al suelo. Perdió de sus manos el fusil; lo sujetaba aquel misterioso individuo. Viéndose indefenso y acorralado, tan solo pudo gritar:

—¡Tío, no sé qué coño eres! Pero ¡sé que alguien te ha mandado! ¡He escuchado cosas sobre ti! ¡¿Es porque hemos robado comida?! ¡Te ha enviado Duma!, ¿no? —Reptaba hacia atrás, mientras que el sujeto misterioso caminaba lentamente hacia él—. ¡Si quieres, puedo chivarme! ¡Puedo contarte todo lo que sé! Pero, por favor, ¡déjame escapar! —siguió pegando alaridos hasta que chocó con una de las cajas del almacén, lo que detuvo su huida.

Para finalizar el trabajo, se abalanzó sobre aquel asustado lobo y, de un descontrolado puñetazo, lo mató. Postrado ante el cadáver, se levantó. Caminó entre aquella escabechina. Había sido una forzosa y sucia masacre, sin limpieza ni sutileza. Quieto en los pasadizos de las estanterías, sacó una pequeña bolsita de un bolsillo de su cazadora oscura. Había unos cuantos pelos azules. Con sumo cuidado, los dejó caer sobre una de sus víctimas. Acto seguido, se limitó a abandonar el lugar sin dejar más prueba que aquella. Parecía querer culpar a otra persona del asesinato, pero ¿a quién?



¿Por dónde empiezo? Ah, sí. Aquel día.

Ahí me encontraba yo, conduciendo mi moto, una Yamaha R4 —según lo que ponía al costado del chasis— de color carmesí —un modelo creado por los humanos en sus tiempos de gloria—. Conducía por lo que parecía ser una zona industrial humana abandonada, situada a las afueras del pueblo en el que vivía. El clima era el mismo de siempre; el cielo estaba descolorido, apenas se podían ver los rayos del sol intentando aparecer por entre los pocos espacios que había entre las nubes. Rondaba por aquella zona para dar un paseo y reflexionar sobre mis movidas.

No había ningún animal por aquellos lares, por lo que lo hacía un lugar tranquilo.

Pero, por sorpresa, unos lobos que parecían buscar problemas me esperaban escondidos entre las ruinas de una fábrica. No me di cuenta de quién o qué eran hasta que me giré al oír mi nombre completo:

—¡Jessica Fortress! —gritó el que podría ser el líder de la numerosa banda.

Sí, mi nombre es Jessica y mi apellido, Fortress. Me gustaba que me llamasen Jess, pero ni los pocos amigos que tengo quieren hacerlo.

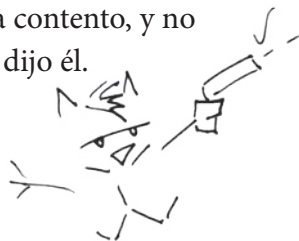
Volviendo a la historia, no pude contarlos uno por uno, pero sabía que eran bastantes. Vestían un abrigo largo, un sobretodo. Algunos llevaban motos viejas. Varios estaban con sus fusiles desenfundados, y otros, apoyados en los manillares de sus motos. La moto era el vehículo por excelencia de todo el valle; cualquier vehículo que poseyeran los animales tendría un motor y, como máximo, dos ruedas.

Respondiendo a su llamada, apagué el motor, me levanté y fui de cara a él. Levanté la cabeza mientras me aproximaba y dije más chula que un ocho:

—¡La misma! ¿Quién lo pregunta? —Tenía apoyadas las manos en las caderas. Parecía que no, pero, por dentro, estaba cagadísima de miedo.

El lobo que parecía representar a toda esa chusma se acercó dos o tres pasos hacia mí, dejando una distancia de un par de metros entre él y yo. Mientras tanto, el resto de los secuaces que había me miraban fijamente con rostro amenazante.

—Voy a explicarte; Bosco te está buscando, Jessica. Por la manera en que nos ha mandado a por ti, no parecía contento, y no creo que sea para tomar té y unos pasteles —me dijo él.



Os pongo en situación: Bosco es, probablemente, el más grande y acojonante de todos los lobos. Proclamado como su rey, los dirige como si fuera una mafia de las chungas. Bosco llamó a su banda como la Wolf Independent Army of Mutant Valley; WIAMV para abreviar. De hecho, todos los lobos, incluidos los presentes, llevaban las siglas escritas en la parte trasera de la cazadora.

—¿Y ahora qué quiere Bosco de mí? —le dije, intentando no parecer preocupada.

—Supuestamente, te presentaste con un arma de fuego cerca de esta zona, justo donde se situaban varios de los nuestros. —Mientras relataba la situación, daba vueltas en círculos—. Empezaste a disparar contra a ellos sin piedad alguna. Algunos compañeros salieron vivos pero malheridos y acudieron para contárselo a Bosco. Y digo supuestamente, porque cuando uno empezó a relatar los hechos parecía pensativo, como si no supiera quién pudo haberle hecho eso, puesto que los supervivientes no pudieron reconocer, hipotéticamente, tu vistoso pelaje azul. Bosco pensó: «¿Quién pudo haber hecho eso?», y, automáticamente, le viniste a la cabeza tú: una pandillera que se ha ganado la mala fama de estar loca —me explicó, así, en resumen.

A ver, a ver, a ver... Que conste que yo no recordaba haberme cepillado a esos lobos. Al menos no a ellos, y tampoco en aquel momento. Y en referencia a eso de que estoy loca, tal vez no esté muy equivocado.

—Pues, bueno, primero vas a felicitar a Bosco por el pedazo de película que se ha montado él solo. Segundo, no tengo ninguna razón para presentarme en este sitio de mala muerte y empezar a ametrallar a su gente —decía elevando la voz cada vez más. Y después de un incómodo silencio añadí—: Y tercera, yo... ¡no estoy loca! —grité.

Empecé a hiperventilar, y el rostro de todo el grupo de los lobos empezó a tornarse enfurecido.

—Vendrás con nosotros, Jessica Fortress. Por las buenas o por las malas —decía acercándose a mí mientras apretaba los puños, cada vez más enfadado—. En esta ciudad todos piensan que eres una psicópata, y ya es hora de que empieces a asumirlo. Así que, ¡o nos acompañas o te llevamos a la fuerza, zorra! —No sé si me lo decía en sentido literal o metafórico, puesto que... ¡tachán! Soy una zorra, literalmente hablando, y hacedme caso, casi nunca entiendes por qué te dicen «zorra» y acaba siendo una putada.

—¡Eh! Eso me parece una falta de respeto muy grande por tu parte. —Trataba de andar hacia atrás para poder subirme a mi moto mientras los distraía con cualquier tontería que se me ocurriese—. Y decidle a Bosco que ya lo veré luego, que ahora estoy muy ocupada.

Los matones se iban acercando lentamente hacia mí. Al mismo tiempo, me subí de vuelta a mi moto de un salto. Arranqué el motor en apenas segundos.

—¡Se va a escapar! —Todos los demás que iban en moto pudieron reaccionar también en poco tiempo.

—¡Pilladme si podéis, hijos de puta! —Pisé el acelerador con todas mis fuerzas mientras me reía de los mamones que intentaban alcanzarme.

En una larga recta, iba a toda pastilla, y ellos apenas podían seguirme el ritmo. Entre mis sonoras carcajadas, escuché a uno de ellos gritando frustrado: «¡Mierda!». Acto seguido, el mismo tío le dio un golpe al chasis de su propio vehículo. Después de habérmelos quitado de encima, seguí riendo y vitoreando.

Tras la situación, puse algo de música que guardaba para poder relajarme. Escogí una canción aleatoria.

*I feel you... Your sun it shines.
I feel you... Within my mind.*



Guardaba un montón de casetes con canciones grabadas antes de *la estupidez humana*. Casi todas eran *rock*, música antigua y alguna que otra era pop. Esta, en concreto, parecía ser más antigua que las demás: *I Feel You* de Depeche Mode:

*You take me there, you take me where the kingdom comes
You take me to and lead me through Babylon.
This is the morning of our love
It's just the dawning of our love.*

Escapé de aquella zona industrial, cuya salida estaba marcada por una gasolinera edificada en mitad de la nada; también abandonada. Salía por un paso elevado. Parecía como si no se acabara nunca. A los lados de la carretera podían verse las llanuras del valle, grises y sin vegetación y, por si fuera poco, los nubarrones eternos hacían que todo fuera más triste y desolado. Al final, después de un rato largo conduciendo por el mismo camino recto, me pareció ver una ciudad a lo lejos.

En la misma autopista había un cartel de carretera. Estaba totalmente pintado de negro, pero con muchos huecos que dejaban ver el azul original del metal, como si alguien lo hubiese llenado de pintura con prisa. Ese alguien, escribió en letras grandes y rojas: «LEJOS DE CASA. MUERTE MÁS ALLÁ».

Seguramente, el autor de ese cartel era algún animal del pueblo donde yo vivía. Al final, acabé ignorando el mensaje y seguí hacia delante. Cimientos, plantas, coches amontonados unos encima de otros y destartalados; eso es lo que se podía ver a lo lejos. Quizá fuera por miedo, pero decidí no continuar por ese camino.

Bajé de la moto cerca de una valla publicitaria. Estiré las piernas durante un rato. Al estar unos cuantos metros sobre el suelo —o, mejor dicho, sobre una urbanización—, me asomé a la valla para ver a cuánta altura estaba, pero me percaté de algo mucho mejor. Ahí abajo había una cancha de baloncesto que apenas tenía dos muros a sus lados. Lo más raro es que dentro de ella había robots —que, según se decía, pertenecieron al ejército humano— haciendo sonidos y pitidos extraños. Si no me había olvidado de cómo contar, pude ver cuatro. Los observé y pensé: «Necesitamos pasta. ¿Cuánto nos darán por cuatro cabezas de lata que me he encontrado en medio de la nada? Definitivamente, no creo que sea poca». Así que, después de hablar conmigo misma, salté; no habría más de cinco metros de altura.

Aterricé dándome de morros contra el suelo. No tenía ninguna arma a mano, pero confié en que yo sola podría apañármelas. La cancha estaba en muy mal estado, así que cogí un trozo de cemento del suelo y pensé en tirárselo a la cabeza a uno de aquellos robots. Su diseño era muy parecido al de un esqueleto humano —hasta su cabeza tenía forma de calavera—, pero dentro de este había un amasijo de cables.

—¡Vosotros, hombres de hojalata! —Se giraron todos a la vez. Empecé a correr, pero ninguno se movió.

Cuando llegué hasta ellos, le golpeé a uno en la cabeza. Estuvo varios segundos quieto, sin reaccionar. No sabía qué leches estaba pasando en aquel momento. El mismo robot al que aporreé se giró muy lentamente, mirándome. Sus ojos se tornaron rojos, como si hubiera activado una especie de mecanismo de defensa. A los demás les pasaba lo mismo y, cuando menos me lo esperaba, el primero me devolvió el golpe. Mi vista se volvió completamente negra y, por supuesto, acabé casi inconsciente.

Con lo poco que podía ver y escuchar, podía notar como si me

estuviesen atando. Cuando me desperté, me habían dejado en uno de aquellos muros, apoyada e inmovilizada. Mi vista volvió al rato y pude ver más claramente. Cerca de la cancha, aún veía la valla publicitaria que ya no publicitaba nada —era anterior al apocalipsis y el papel estaba rasgado—. Miré hacia ella y alcancé a ver una sombra sobre el cartel. En cuclillas, parecía estar al acecho, con una espada en la mano. Solo se podían distinguir sus ojos; me miraban fijamente a mí.

—¿Qué cojones? —pensé en alto.

Aquella sombra levantó las orejas, parecían ser las de un zorro. Dio un salto desde esa cornisa y aterrizó sin ningún problema de la gran caída, no como yo. Su mano derecha se apoyaba en el suelo, y con el otro brazo sujetaba su arma. Antes había dicho que era una espada, pero, al ver más de cerca que era curvada y más fina, deduje que era una catana. Además de que, el brazo con el que la sujetaba, tenía un brillo muy parecido al de los robots; era como si tuviera un brazo mecánico. Me resultaba demasiado familiar.

Los robots se quedaron en guardia mientras le observaban. Aquel *desconocido* se abalanzó sobre ellos y los atacó con su arma. Su catana rebanaba sin ningún problema el metal. Era muy habilidoso en combate, ya que en ningún momento le consiguieron poner una mano encima. De forma muy rápida, casi imparable e indetectable, hizo pedazos aquellos montones de cables, como si se tratase de frágiles hojas de papel. Después de aquella hazaña, se acercó hacia mí mientras enfundaba su *utensilio*.

Extendió su brazo robótico hacia mí para poder ayudarme a levantarme. Le podía ver más claramente. Era un zorro de pelaje naranja, de ojos azules. Llevaba una sudadera gris y pantalones vaqueros ceñidos. Su forma de vestir, su raza, el brazo y cierto amor por las espadas...; creí poder adivinar quién era.

—Hermanita, ¿qué te tengo dicho sobre hablar con desconocidos? —Aquella sombra era mi hermano, Abraham Fortress.

Aunque fuéramos hermanos de sangre, era bastante extraño el hecho de que yo fuera de un pelaje azul, cuando el de él era de tonos naranjas.

—No me hacía falta ayuda, hermanito. Podía con ellos yo sola —le decía intentando no parecer una patosa.

—Claro, por eso estabas atada. Ya me lo ha dejado todo claro ese ojo morado... de premio de consolación. —Mientras me hablaba, me daba la espalda. Parecía dispuesto a irse sin más.

—¿Te vas a ir solo? Podría llevarte si quisieras, así no tienes que darte el gran pateo de irte andando a la ciudad.

—Mira, como no soy tan orgulloso como tú, voy a aceptar la ayuda. Pero que conste, no me estás salvando la vida —dijo mientras se giraba y se volvía hacia mí.

—Cierra un poco la boca y vamos a por mi moto. —Pudimos subir de nuevo a aquel paso elevado por unas escaleras de mantenimiento que había cerca de allí. Cuando llegamos a mi moto, mi hermano se subió a la parte de atrás y nos dirigimos al poblacho.

Como notaréis, Abraham era un poco protector, pero, a la vez, quería que yo sola me buscara la vida. Mientras tanto, él se dedicaba a ayudar a la gente del pueblo y allí lo consideraban como un héroe. En cambio, de mí pensaban todo lo contrario; los lobos describieron perfectamente los prejuicios que tenían los demás hacia mí; pensaban que era el típico ser vivo con un atractivo de miedo, pero loca de mente.

A punto de adentrarnos a la ciudad, desde lo lejos, descubrimos que la entrada estaba completamente plagada de guardias. No dejaban ni un hueco por el que se pudiera pasar. Me detuve a una distancia prudencial de ellos.

—¿Por qué la pasma está cubriendo toda la maldita puerta?
—pregunté en alto.

—Me apuesto lo que quieras a que te buscan a ti. ¿Qué estabas haciendo antes de que te encontrara? —sospechó Abraham.

—Bueno, tuve una movida muy rara con los lobos antes de llegar al sitio donde encontré a los robots. Ya sabes; «pium pium» y esas cosas. Aunque seguramente ellos habrán dicho que yo *disparé* primero —dije dándome cuenta de que en realidad era algo bastante grave.

—¿Lobos? ¿Se puede saber qué haces tú hablando con los lobos? Se han apartado de todo y de todos, Jessica. Déjalos en paz, que vayan a su bola tranquilos. O te meterás en un problema de los gordos. O, mejor dicho, ¡ya estás en él!

—El caso es que esta es la única entrada por esta carretera. Además, creo que ya nos han visto. —Los saludé con la mano desde lejos. Uno de ellos cogió un megáfono.

—¡Jessica Fortress, estás acusada de una masacre contra forasteros! ¡Entrégate y nadie saldrá herido!

Esas sucias ratas se habían chivado. Les había dicho miles de veces que yo no había sido, aunque ¿qué descerebrado se creería lo que dijera una zorra supuestamente psicópata?

—Estás jodida, Jessica —dijo mi hermano.

—Tengo una idea. Agárrate a mí. —Ya había arrancado cuando Abraham me decía que parase. A gran velocidad me dirigí hacia ellos. Mientras aceleraba, se preparaban por si la cosa se ponía más dura.

—¡Alto, Jessica! ¡Detén el vehículo y bájate de él con las manos en alto! —se oía desde el megáfono.

—Y una mierda, ya me ha ido bastante mal el día como para tener que acabar en la Perrera. —Iba cada vez más rápida.

Mi vista estaba fija en ellos. Pero, por un momento, me desespisté y no alcancé a ver un pequeño obstáculo que había en medio de la carretera: parecía ser un trozo de asfalto que sobresalía del suelo. La rueda delantera se topó con aquella piedrecita. El vehículo se desvió y acabé girando a la derecha involuntariamente. Intenté hacer una fuerza descomunal, pero no pude controlar a tiempo el manillar. De modo que, al ser una carretera elevada, nos llevamos el muro por delante y caímos al vacío mi hermano, mi moto y yo.

La caída, al menos para mí, pasó muy deprisa, casi no noté que estuviéramos cayendo. Afortunadamente, salimos sanos y salvos, excepto mi moto. Los guardias no tardaron ni siquiera dos minutos en bajar donde habíamos aterrizado; bajo la autopista. Nos encontraron seminconscientes. Pude notar que uno de los guardias —un tremendo oso— se acercaba a mí y me levantaba con una fuerza brutal mientras me esposaba.

—Quiero hablar con mi abogado —fueron las únicas palabras que pude pronunciar en aquel caótico momento.

—Esta vez no hay juicio, Jessica. Vas directa a la Perrera, donde te mereces estar —me decían los guardias—. Coged a su hermano también, es cómplice de la criminal.

—¡¿Qué?! —gritamos Abraham y yo a la vez.

Por si fuera poco acabar de nuevo en la cárcel, esta vez iban a meter a mi hermano, que no tenía nada que ver con los problemas que supuestamente había causado. Mandaba huevos la cosa. Nos llevaron a la prisión de la ciudad; una de las gigantescas construidas por los humanos en sus tiempos de gloria. Tenías que alzar la vista y girar la cabeza para poder verla completa. Y eso solo por una cara. Y la llamábamos así, la Perrera, haciendo honor a los lugares donde enjaulaban a nuestros antepasados cuando aún tenían la suerte de no pensar de manera abstracta.

Debí haber hecho algo muy ilegal para que nos metieran entre rejas, sin juicios ni sentencias. Al llegar, empezamos las interminables revisiones para poder encerrarnos. Pero antes nos pusieron los malditos e incómodos grilletes. Nos pidieron nuestras pertenencias. Yo di mis brazaletes, pero me negué a entregarles mi pendiente. Abraham dejó su catana, y no le hizo falta ni rogar para que le dejaran usar su brazo robótico; es muy carismático.

Había llegado el momento de vestirse como verdaderos reclusos; los funcionarios de la trena nos entregaron el famoso mono naranja, el que llevan puesto los presos; otra estúpida costumbre que hemos copiado. La verdad es que me sentaba bien, pensaba en mangarlo después de salir de allí —si es que salía—. Después de lo del vestuario, nos llevaron a hacernos la foto. Al parecer, debieron perder mis papeles, ya que, como he dicho antes, no era la primera vez que asomaba el hocico por allí.

—No sabría decir dónde acabas tú y empieza el mono. ¡Sois del mismo color! —dije mirando a Abraham y riéndome.

—Nada te quita las ganas de broma, ¿verdad, hermanita?

—Pfff, es todo fachada, Abraham. Si supieras cómo estoy por dentro.

Como eso no era un funeral, sonreí a cámara e intenté posar mientras cogía la tablilla. El animal encargado de hacer las fotos —un lobo que no estaba del lado de los indepes, la mayoría de los cuales trabajaban como funcionarios de seguridad— estaba empezando a cansarse de mí:

—¿Podrías hacer el favor de parar de poner esa cara de mierda y posar normal para la maldita foto? —estaba realmente cabreado.

—Tú haz la maldita foto —dije sin dejar de posar.

De buena mañana, ya había tenido mi primer altercado en prisión. Supongo que, como no tenía ganas de problemas, me



dejó hacerme la foto como yo quería. De todas maneras, la foto se hacía para diferenciar a unos de otros. Aparentemente, yo era la única que tenía el pelaje azul en todo el valle, así que no era muy difícil encontrarme entre todos los reclusos o pueblerinos. Al final, me fui con una sonrisa de allí.

Esperé o, mejor dicho, los guardias esperaron a que Abraham terminase para poder continuar la visita por el gran museo de criminales. Pasó un rato hasta que volviera.

—La que lías por una maldita foto.

Abraham había escuchado la pequeña discusión que tuvimos aquel funcionario y yo. Después, continuaron dándonos la turra.

Cuando terminaron, nos dejaron a nuestras anchas. Decidimos ir al patio. Era una terraza muy grande; había corros hablando, animales haciendo ejercicio o trastornados que se pasaban el día sentados y meciéndose.

La mayoría de los reclusos que había ahí dentro nos conocían a los dos. A Abraham claramente lo respetaban e incluso se sorprendían al verle por allí, siempre tuvo la buena fama de ser el típico buen samaritano que ayuda al prójimo sin pedir nada a cambio. Choques de puños, abrazos, colegueo... Había un buen contraste entre él y yo. Nadie hablaba conmigo. De hecho, todo el mundo evitaba tener cualquier tipo de contacto. Solía escuchar murmurando normalmente: «Mira, es aquella zorra loca». Mi rostro era famoso, pero a la vez «infame». Supongo que nadie quiere relacionarse con una loca. A veces me ponía a pensar que probablemente era la única hembra de toda la cárcel, solo veía a machotes en aquel recreo. Era realmente aburrido eso de estar encarcelada.

Abraham me acompañaba siempre para que no me sintiera sola durante aquellas largas e interminables semanas.

Pero, de repente, un día, en ese hervidero de criminales: entró

un guardia lobo —ya sabéis: lobos libres, lobos de la manada— diciendo que buscaba a los hermanos Fortress. Se acercó a nosotros con la metralleta en ristre y empezó a hablarnos:

—Vosotros dos, Duma quiere veros en su despacho ahora mismo, he venido para llevaros. ¡Venga, arriba! —dijo.

—Mira, supongo que Duma buscará al naranja. No sé por qué querría hablar conmigo —le contesté.

—Creo haberle oído decir que buscase a Jessica y Abraham Fortress porque quería tener una charla con ellos. Me dijo que buscase a una zorra azul. Así que, sí, los dos vais a venir conmigo, quiero que estéis calladitos, y no más preguntas, ¿me habéis entendido?

Al mismo tiempo, los demás reclusos parecían estar prestando atención desde lo más alejado del patio; mirándonos.

Seguimos a aquel guardia, y mientras tanto, intentaba que me aclarara un poco más la situación. Nos condujo por los pasillos de las celdas. No había nadie más que nosotros tres.

—¿Entonces me estás diciendo que el alcaide de esta misma prisión me busca a mí? ¿Alguien a quien encerraron hace un par de semanas por supuesto homicidio múltiple? Venga, no me jodas. Esto me huele mal; y eso que ya hace tiempo que no nos vamos buscando el culo con el hocico.

—¡He dicho que no quería más preguntas! ¿Estamos? —gritó.

—¿Podrías hacer el favor de callarte? —dijo Abraham en voz muy baja.

—A estas alturas, no me molestaría que nos llamasen para ejecutarlos —le contesté en el mismo tono de voz.

